

El ensayo en México a fin de siglo

Brevísima relación de los que ensayaron y sobrevivieron

*...adueñarse de la verdad facilita
adueñarse de todo lo demás.*

Gabriel Zaid, «La república simulada»

Las épocas de crisis no suelen ser propicias para políticas e instituciones. Auspician en cambio la creación, y el espacio de transición e inestabilidad que se abre con ellas representa un escenario propicio para la creatividad, —en particular la artística y la intelectual—. El fin de un mundo es un espacio prometedor para la obra de arte. En el país de Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel Puga y Acal —críticos literarios, cronistas, ensayistas de talante diverso, románticos cuando no doctrinarios liberales, intérpretes locales de la modernidad decimonónica— surge poco antes de la Revolución mexicana un conjunto de voces que, cuando no renuevan, actualizan la tradición de un pensamiento crítico y dan al ensayo como género un lugar de privilegio. La generación llamada del Ateneo hizo evidente la necesidad de restituir al canon educativo la disciplina de las humanidades clásicas al tiempo que iniciaba un programa fundado en la crítica al saber nacional y en la necesidad, por un lado, de abrir las puertas de la cultura al mundo y, del otro, de someter a un examen riguroso la historia y el saber nacional como únicos caminos para superar críticamente el programa positivista puesto en marcha por el dictador Porfirio Díaz. Alfonso Reyes, Julio Torri, José Vasconcelos, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán, Genaro Estrada y el dominicano Pedro Henríquez Ureña pusieron en marcha desde varios frentes

una acción polémica y pedagógica que con justicia puede considerarse precursora, en el ámbito de la cultura, del movimiento que se desencadenaría poco después, como ha dicho el propio Reyes. Hay que subrayar que esa acción polémica y pedagógica se funda en la práctica del ensayo, vehículo formal de sus exploraciones. A esa acción la definirá, desde luego, el rigor. Una consistencia y severidad no sólo de orden conceptual sino también léxica y sintáctica. Aunque más adelante estos escritores ganarán en libertad y harán del ensayo un instrumento dúctil e incisivo, en un primer momento se dará la paradoja de que al funcionalismo y positivismo ambientes se responda con una prosa clásica, cuando no espartana, de elocuencia y patetismo gobernados por un sentido escultórico. La referencia a estos escritores es ineludible para hablar del ensayo en el México de fin de siglo pues Reyes, Torri, Vasconcelos y Martín Luis Guzmán no sólo han sido fuentes de inspiración literaria, escuela de gramática y prosodia, sino que aparecen también como modelos vitales, caracteres de una etopeya presente o por venir entre los escritores mexicanos vivos a final del siglo. Otro caso similar es el de los escritores congregados en torno a la revista *Contemporáneos* que, desde la literatura, practicó un examen múltiple de la cultura nacional. Al igual que para sus predecesores, para ellos la limpieza de la forma y la claridad del pensamiento serán funciones de una ética de la inteligencia, y la literatura representará una ascesis intelectual, una farmacia del espíritu en el seno de una sociedad entregada a la improvisación y edificación imaginaria y a la larga demagógica de un nuevo pacto social: una sociedad más desvelada por la creación de instituciones imaginarias capaces de refrendar y legitimar en el plano simbólico los edificios de la nueva alianza —según ha mostrado, por ejemplo Louis Panabière en la biografía intelectual que ha escrito sobre Jorge Cuesta, el más crítico entre los críticos de *Contemporáneos*— que por auspiciar cauces para que los diversos actores sociales conversaran entre sí. La generación de *Contemporáneos* retomará en otra escala y con un perfil a la vez más moderno y más ensimismado, menos pedagógico y edificante, las notas del clasicismo. Jorge Cuesta, Salvador Novo, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, Rodolfo Usigli no sólo serán objeto de reediciones, libros dedicados a ellos en lo individual o en lo colectivo. Aparecerán, cada vez con mayor nitidez a partir de los años setenta, como modelos, figuras admirables y admiradas tanto como las ya mencionadas del Ateneo. Si Octavio Paz escribe sobre Xavier Villaurrutia, José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid sobre Ramón López Velarde, Carlos Monsiváis sobre Salvador Novo, Jaime García Terrés sobre Gilberto Owen, los escritores de las generaciones siguientes recuperarán otros modelos y así Enrique Krauze, Christopher Domínguez, José Joaquín Blanco escribirán acer-

ca de José Vasconcelos, Guillermo Sheridan hará la biografía de Ramón López Velarde y dedicará innúmeros trabajos a rescatar sus papeles y correspondencia. Sergio González Rodríguez estudiará a Salvador Novo, Héctor Perea a Martín Luis Guzmán, Vicente Quirarte a Gilberto Owen, Víctor Díaz Arciniega y Adolfo Castañón a Alfonso Reyes, para no hablar de los libros escritos sobre Octavio Paz, puente entre las generaciones, como los de Jorge Aguilar Mora o de Alberto Ruy Sánchez. De esas dos familias —el Ateneo y los *Contemporáneos*— surgirán los descendientes del ensayo mexicano que a fines del siglo XX animan la escena literaria, cultural y aún política del México contemporáneo. Sería peligroso decretar paralelos entre aquel fin y principio de siglo y éste. En todo caso se puede constatar que, para el ensayo en México, el siglo XX no ha sido del todo ingrato.

Con la última década del siglo se cierra una etapa no sólo en la historia política —el largo adiós del sistema mexicano— sino también en lo literario y en lo cultural —la pulverización de la tradicional república de las letras en una red de suburbios culturales precariamente conectados entre sí—. Por otra parte, la concesión del Premio Nobel de Literatura a Octavio Paz en 1990 expresa con su emblema la madurez de una literatura que alcanza su plenitud en la poesía y en el ensayo. Yo plural de una sola sombra, el poeta Octavio Paz camina invariablemente acompañado por una sombra crítica. Si su obra ha llegado a situarse como un espacio público de conversación y debate, ello se debe en buena parte a que él ha sabido establecer un sistema de vasos comunicantes entre la poesía y el pensamiento, la contemplación y la crítica, y tanto la historia de la lírica como la historia de las ideas en México en el siglo XX serían incomprensibles sin su ejercicio.

A su vez, el ensayista se desdobra y su acuidad intelectual, su sentido del horizonte, acaso se deba a que en su mirada se enfocan dos ojos: el literario y artístico, por un lado, y por el otro el político y polémico. En estos dos órdenes, su tarea ha sido fértil y desde 1973, fecha de fundación de la revista *Plural*, ha publicado un sinnúmero de libros de crítica literaria, estética, discusión política, filosofía de la historia y erotismo, todos animados por la misma raíz crítica. Esta infatigable labor que ha dado y elevado el tono de la discusión mexicana expresada en el ensayo, culminará en la publicación de sus *Obras completas*, de las cuales se habían editado hasta fines de 1995 nueve tomos y que constarán por lo menos de catorce. La organización de esas obras hace ver, por cierto, hasta qué punto es orgánica la armadura de su reflexión. Lo que Alfonso Reyes representó para la literatura mexicana durante la primera mitad del siglo, lo encarnará, en otra escala crítica, Octavio Paz durante la segunda. Sin